

ACCIDENTE EN ÁFRICA

Cuando los viajes se tuercen

Si se atraviesa África en moto el más pequeño percance se puede convertir en una malhadada aventura por **carreteras peligrosas, sociedades hostiles** y hospitales de lo más azarosos

TEXTO Y FOTOS: MIQUEL SILVESTRE. PORT ELISABETH/LESOTHO

¿Asistencia?

La furgoneta engullía la carretera que une Ciudad del Cabo con Durban. Rydall encendió un cigarrillo mientras vigilaba por el retrovisor las motocicletas atadas al remolque. Marqué el número de asistencia en el extranjero de mi aseguradora. Contestó una teleoperadora a más de veinte mil kilómetros. —He tenido un accidente de moto en Suráfrica —gruñí—. Tengo erosiones, una herida incisa en el brazo y creo que me he roto un tobillo. —Dígame su nombre y apellidos.

Se los deletreé con paciencia mientras consumía los dólares del crédito internacional de mi móvil. —Lo siento no nos consta como asegurado.

—¿Y si le digo mi número de DNI? —Vamos a intentarlo.

Tras silabeárselos uno a uno, llegó la respuesta.

—Lo siento, los accidentes en moto no están cubiertos.

Por supuesto que la póliza que había contratado —para recorrer el mundo en motocicleta— no con-

tenía esa exclusión. El malentendido se arregló horas después. Lo preocupante era que si en lugar de estar en la furgoneta de Rydall me encontrase tirado en la carretera con una hemorragia grave, habría muerto sin que los encargados de salvarme hubieran hecho nada.

Rydall

Accidentarse en Suráfrica supone un grave contratiempo añadido a las posibles lesiones. Nadie se detendrá para auxiliar por temor a ser víctima de una emboscada criminal. Los asaltos armados a los automovilistas son cotidianos. La paranoia está instalada de forma indeleble. Mientras sangraba al lado de la moto contemplé cómo decenas de vehículos iban y venían. Llamé al 112. Para nada. No llegaría ninguna ambulancia. Dependía de mi mismo.

Aún podía caminar gracias a la adrenalina y a la sujeción de la bota, pero ya me había roto antes algún que otro hueso y reconocía el proceso. Ponto no podría mantenerme de pie. Necesitaba asistencia urgente. Además, una moto cargada de equipaje en medio de la nada es muy apetitosa para cualquier criminal. Pero cuando las cosas se me ponen realmente feas, siempre aparece un rayo de luz. Se llamaba Rydall y hacía la ruta de Ciudad del Cabo a Port Elisabeth en furgoneta una vez a la semana. Él también era motero. La solidaridad tribal volvió a funcionar.

Entre los dos subimos la moto al remolque, y me derrumbé en el asiento. El camino era de más de 400 kilómetros. Rydall había tenido que vender su moto por la recepción. Dormía en su furgoneta para ahorrar el precio de un hotel. Tres hijos son muchas bocas que ali-

El tercer mundo verdadero es muy duro para la suave piel occidental, pero aun así ofrece preciosos regalos y una solidaridad sincera. Nadie pide nada a cambio de su ayuda



Pacientes en el hospital de Lesotho



mentar. No se quejaba. Él al menos tenía un trabajo. Muchos amigos suyos no tienen tanta suerte. En la nueva Suráfrica, las políticas de afirmación positiva que priman la contratación de negros están mandando a muchos blancos de clase baja al desempleo. No es raro ver vagabundos rubios. El éxodo es creciente. Los blancos que se quedan sin casa y sin empleo, abandonan el país con destino a Australia, Estados Unidos o Gran Bretaña, a cualquier sitio donde a uno no le dispares por un teléfono móvil. Rydall no quiere irse. Le gusta vivir en una modesta granja con Megan, su mujer, quien trabaja ocho horas diarias como recepcionista por cinco mil rands, unos quinientos euros. ¿Asaltos en la carretera? Por supuesto, incluso trataron de entrar en su casa una noche. Por eso viaja siempre armado. Tiene licencia desde que estuvo en la guerra de Angola, en la que Suráfrica combatió a la milicia revolucionaria del FLNA. No dudó en disparar al intruso, aunque con cuidado de no matarle. Eso le hubiera costado un grave problema legal.

Dos mundos en uno

Suráfrica vive dos realidades, dos mundos paralelos que solo coinciden tangencialmente. Existe un tercer mundo de pobreza extrema,



Rydall y su familia. Son surafricanos blancos y pobres. Un mal negocio. Pero al autor le salvaron la vida



to gracias a los analgésicos y a los apósitos. No quiero ni imaginar qué hubiera pasado en Mozambique o Tanzania. La diferencia a favor del tercer mundo es que habría parado a ayudarme el primer conductor en pasar. La diferencia en contra del primero es que el viaje hasta cualquier hospital habría durado un día entero por carreteras rotas y habría recibido una asistencia muy básica.

Realidad africana

Nueve días después de mi accidente debía quitarme lo puntos. Me encontraba en el norte de Lesotho. A unos 50 kilómetros de la capital, Maseru, encontré un modesto hospital de distrito. El panorama era desolador. Los enfermos de sida eran reconocibles por su extrema delgadez. Pero los doctores habían salido a comer. Me aseguró una enfermera que regresaría a las dos. A las tres todavía no habían vuelto. El calor resultaba agobiante en aquella sala abarrotada y silenciosa. Insistí. La enfermera los llamó por teléfono. Veinte minutos después aparecieron con cansino caminar. A nadie se le ocurrió protestar. La paciencia africana está curtida en siglos de espera.

Arrancaron sin contemplaciones los apósitos. Con ellos se fue el delicado tejido nuevo que había germinado en aquellos días. Mis llagas volvieron a sangrar. Haber humedecido el vendaje con desinfectante habría bastado para conservarlo, pero tales sutilezas no se estilan en uno de los países más pobres del mundo. Luego cortaron los puntos de sutura como quien recolecta nabos. Una cura de mercurocromo a granel, una gasa sin esterilizar y un burdo vendaje.

Sin embargo, lo esencial se había realizado. Los puntos estaban fuera y mi herida desinfectada. Habría sobrevivido sin mimos. No los hay en el África real. El tercer mundo verdadero es muy duro para la suave piel occidental, pero aún así ofrece preciosos regalos y una solidaridad sincera. Ante el infinito y bello horizonte montañoso de Lesotho no pude evitar pensar que siendo europeo acababa de consumir un pequeño pedazo de los muy limitados recursos de la sanidad africana sin que nadie me pidiera nada a cambio. ■



El viajero es tratado de sus heridas con una cura de mercurocromo a granel

paro endémico y sida rampante. Es el mundo de los cuarenta millones de negros y mulatos que viven en casas de cartón. Existe también otro mundo, el primer mundo de las autopistas y los supermercados. Es el mundo construido por los cinco millones de contribuyentes de estirpe europea. Suráfrica es el segundo mundo que combina lo peor de los otros dos. Del primero tiene la prisa, el colesterol, el es-

trés occidental. Del tercero, la miseria sin la alegría vital que se respira en el resto de África.

Es un mundo con buenos hospitales privados y eficaces profesionales sanitarios. En el Green Acres Hospital de Port Elisabeth, una solícita enfermera me trajo una silla de ruedas. En mi nuevo bólide arribé a urgencias donde limpiaron las erosiones e inyectaron una dosis de vacuna antitetáni-

ca. Múltiples radiografías que descubrieron que la fractura no afectaba a la articulación. Bastaría con una bota de plástico con cámara de aire inflable. El no va más de la ortopedia. La factura ascendió a más de 600 euros. Pude pagarlos gracias a que en el segundo mundo surafricano se aceptan todas las tarjetas de crédito.

Tuve mucha suerte. Una semana después estaba encima de la mo-